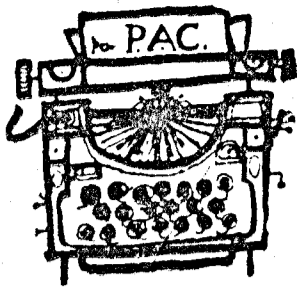


# escrito a máquina

## Adviento y liberación



Esta semana comenzó el "adviento" en el ciclo anual de la liturgia católica.

Todos los años, en Noviembre, al caer las hojas de los árboles la Iglesia lee el Apocalipsis y recuerda "los días finales"; el otoño del mundo. Luego, una vez más, hace girar ese inmenso mural rotativo del misterio de la historia que es su liturgia, y cuatro domingos antes de Navidad, los retorna al principio. Es el adviento. El sobrecogedor misterio de la evolución del honor hasta Cristo.

Los cuatro domingos de adviento significan cuatro milenios de expectación. La cifra es simbólica: indica una gran cantidad. Una "chiquip" dirían los nicaraguas. Un montón de años. Toda la inmensa teoría de siglos que va desde el principio hasta la "plenitud de los tiempos"—hasta el acontecimiento central de la historia, el acontecimiento que la explica y la proyecta hacia dimensiones eternas— cuando Dios se reveló como Amor y se hizo hombre "y habitó entre nosotros".

Durante el "adviento" la Iglesia cede la palabra a Isaías, el profeta. Isaías es una de las voces más cargadas de humanismo y más preñadas de futuro entre los hombres de la antigüedad. Es el poeta de la esperanza que anuncia la liberación.

Mirando el presente denuncia:

"La ciudad que fue fiel y llena de juicio, se ha convertido en una ramera. La que fue en otro tiempo alcázar de justicia, ahora lo es de homicidios.

Tus magistrados son prevaricadores y van a medias con los ladrones. Todos ellos se venden por regalos y corren tras el interés. No hacen justicia al huérfano, y no encuentra apoyo en ellos la causa del pobre..."

Y mirando el futuro anuncia:

"Dice el Señor: yo haré nacer de David un descendiente justo, el cual reinará como Rey y será sabio, y gobernará la tierra con rectitud y justicia.

Y será el juez de todas las gentes y convencerá de error a muchos pueblos. Los cuales de sus espadas forjarán rejas de arado, y hoces de sus lanzas. No desenvainará la espada un pueblo contra otro, ni se adiestrarán más en el arte de la guerra..."

¿Qué significa ese lenguaje? —¿Cosa del pasado, vieja historia del pueblo judío que la Iglesia repasa para erudición de sus fieles? ¿Expresiones figuradas del reino futuro celestial en contraposición con el mundo presente?

Rara vez el hombre actual se detiene a pensar en el misterio de ciertas insistencias de su corazón. Una de ellas es la indeleble y permanente esperanza en un liberador. El hombre, en todas las épocas siempre buscó, siempre busca entre sus sombras, oteando el horizonte, un algo, un alguien —un guerrero, un sabio, un gobernante, un líder, un revolucionario— o un cambio, o una ideología, o una fe, o una mística, o una ciencia — que le abra las puertas de un mundo mejor.

Y en el sentido en que el hombre siempre "espera" es que la profecía siempre es válida. La profecía de Isaías anuncia a Cristo pero también anuncia el reino de Cristo. Cristo es el Liberador, pero el liberador no vino (y quizás por eso siempre lo equivocamos, siempre lo crucificamos) a hacer milagrosa o demagógicamente un Paraíso, sino que vino a darle al hombre las llaves del Paraíso, a decirle al hombre que él —el hombre— es el encargado de construirlo y a enseñarle cómo hacerlo.

Cristo no es el fundador de una moral, ni tampoco de un sistema, ni de una cultura, ni de una civilización. Es ante todo un hecho histórico: LA MANIFESTACION DE DIOS EN LA HISTORIA. ¿Para qué? —En primer lugar para revelar su intimidad divina e introducir en ella a los hombres; es decir PARA DIVINIZAR AL HOMBRE. Y, en segundo lugar, para perfeccionarlo como hombre con una misión en la tierra. (Todos los preceptos de Cristo son preceptos de perfección humana). Es decir: PARA HUMANIZAR AL HOMBRE.

De ahí que el cristianismo, como decía Claudel, "no sirva para nada, pero lo cambia todo". No es un sistema, no pretende serlo, pero una vez que el hombre pone en práctica cualquier sistema, el cristianismo le denuncia sus imperfecciones y fallas y le anuncia cómo superarlo. No es una cultura, pero allí donde el hombre elabora una cultura, el cristianismo señala sus lacras y sirve de fermento para superarla. Si eres 5, el cristianismo te hace ser 10, pero si eres 10, el cristianismo te hace ver que puedes ser 20, y si llegas a 20 todavía Isaías puede denunciar tus tremendas lacras y anunciarte a Cristo como liberador para que seas 100. Por eso Cristo nace cada Navidad. Y por eso muere